

LAS PROVINCIAS

Desde Oviedo escribe Marino Gómez-Santos

CASTILLOS EN LA ARENA

MIENTRAS aguardamos la hora del baño, en esta playa de San Lorenzo, desde donde se ven huertas, campos de maíz y vacas rubias de vientre abundante, salimos caminando por la orilla para presenciar el último concurso de castillos en la arena, organizado por el diario «El Comercio» de Gijón.

Los concursantes—dieciséis niños en total—modelan en un tiempo de récord fortalezas con almenas, puentes y torreones, sobre las que colocan banderitas españolas que se han traído de casa. José Manuel Miravalles, un niño de diez años, alumno del Instituto, ha llevado también el césped artificial para rodear de campaña su castillo francés, copiado de uno de sus libros escolares.

Los pequeños afanan para rematar sus ambiciosas construcciones, y a José Manuel Mirava-

lles le entregan el primer premio, que consiste en un tren eléctrico colosal. Buen anacronismo. Porque a José Manuel le debían haber dado como galardón una princesa de gorro puntiagudo, como las que dibuja Mingote, o una armadura de hojalata.

El concurso estuvo reñido, porque los niños traían en la imaginación dibujados sus buenos proyectos de castillos hasta con patios de armas.

Cuando subiera la marea, estas obras, hechas con entusiasmo, se las iba a llevar el agua. O quizá mucho antes: algún bañista desaprensivo que no acertaría a comprender que aquella obra había sido hecha con ilusión, por no darse un rodeo insignificante, no vacilaría en poner su pie demoledor sobre el torreón de aquel castillo de arena en el que flameaba una minúscula banderita.

Como en la vida. Como en la realidad. Porque estos niños que han levantado castillos con arena mojada durante unos momentos para ellos trascendentales, como si los construyesen con piedra, se han ido a sus casas satisfechos de su obra, seguros de su permanencia. Y cuando al día siguiente volviesen al baño, de la mano de sus padres, buscarían el emplazamiento de sus castillos, como dominantes reyes del medievo, y al no hallarlos intactos, con almenas y banderitas, es muy posible que no se habrán podido explicar su desaparición o que creyesen que no estaban bien orientados que no los buscaban bien.

Estos niños, un día, cuando sean mayores se enamorarán, entrarán quizá, en el mundo de los negocios, estarán desvelados en hoteles de provincias diferentes durante largas noches de invierno, mientras llueve en la calle y ellos piensan en los hijos que ya van al Instituto y que un día serán jueces o aviadores, sin imaginar que siguen haciendo castillos de arena y sin pensar en las mareas ni en los pies de aquel desconocido bañista.

Pero hay que soñar intensamente y hay que construir todos los castillos imaginables para que, si llegan las mareas y los malos vientos, nos quede a la larga un modesto torreón en el cual podamos sentarnos a tomar el sol.

Mientras presenciábamos el concurso de los castillos construidos en la arena por aquel grupo de niños, al levantar la vista divisamos, allá al otro extremo de la playa, el edificio blanco del Sanatorio Marítimo, donde medio centenar de niños, dentro de sus corazas de escayola, tomaban el sol tendidos en las camas que los religiosos que regentan el sanatorio habían sacado a las terrazas.

Son niños de familias humildes, con afecciones óseas con secuelas de parálisis infantil, con malformaciones congénitas, acogidos por esta comunidad de religiosos, que están realizando una labor verdaderamente ejemplar.

Al visitarles aquella tarde, Manolín, el hijo de un pescador, que estaba sobre un lecho de escayola porque padece una desviación de columna vertebral, lanzaba al alto con las manos un balón de plástico. Le pregunté que qué iba a ser cuando se curase y fuese mayor, y me contestó a bocajarro que él iba a ser delantero centro del Gijón.

Dios escuchará los rezos de estos benditos religiosos para que Manolín llegue a ser delantero centro del Gijón o, por lo menos, un buen pescador, como su padre, ese hombre noble y resignado a quien he visto tender las redes en un campo de hierba junto al Fuerte de Santa Catalina. Y para que Angelín y Tomasín y Pepín se vean libres de esas corazas de escayola y un día se bañen en la playa de San Lorenzo.

Es decir, que los castillos que han hecho en la imaginación durante tantos días de internado en el Sanatorio Marítimo tomen consistencia con el aire del mar, con la ciencia de los doctores competentes que los asisten y con los rezos de los religiosos que día y noche velan por ellos.

Marino GOMEZ-SANTOS